

## *Colaborar con Cristo. La intercesión de la Virgen del Carmen<sup>1</sup>*

1. La personalidad de Jesucristo debió ser arrolladora. En incontables ocasiones el Evangelio nos lo muestra rodeado de muchedumbres que se aglutinan a su alrededor con el objeto de ver su rostro y escuchar su palabra. En el fragmento que acabamos de oír<sup>2</sup>, con el que comienza el largo e importante capítulo sexto de san Juan que se nos propondrá por entero en los próximos domingos, queda claro que el entusiasmo de la gente al seguir a Jesús hace que se olvide del cansancio, del hambre o la sed, el calor o la incomodidad. Están realmente fascinados junto a Él.

El Señor mira a esa multitud con ternura. Se compadece de ellos porque se presentan a sus ojos *como ovejas sin pastor* (Marcos 6, 35). Los discípulos, parecen preocupados por la situación. Están en despoblado. Son muchos. El día está avanzando... (cfr. Lucas 9, 12). Percibiendo su inquietud Jesús les pregunta sobre el modo de conseguir alimentos para que la gente pueda comer y tener fuerzas para el regreso. Luego, Andrés comenta que hay un muchacho que trae cinco panes y dos pescados. Algo absolutamente desproporcionado para lo que se necesita.

2. Pero aquí tenemos una de las enseñanzas de este pasaje. A Jesús se basta esa pequeña contribución humana para hacer un gran milagro. Manda sentar a la gente sobre la hierba (solo los hombres son más de cinco mil), toma *los panes y después de dar gracias a Dios se los fue repartiendo (...)*. *Igualmente les fue dando de los pescados todo lo que quisieron* (Juan 6, 11).

Con lo generosamente ofrecido por aquel joven y el trabajo de los apóstoles se realiza un prodigio. Comen todos y aún sobran doce canastos. San Josemaría predicaba en cierta ocasión: **Nuestro Señor *podía sacar el pan de donde quisiera, porque* – como dice la Escritura- *mías son las bestias de los bosques y los miles de animales de los montes. Y en mi mano están todas las aves del cielo (...)* **mío es el mundo y cuanto lo llena** (Salmo 49). *Pues, no. Busca la cooperación humana*” (...) Quiere necesitar *de un niño, de unos trozos de pan y de unos peces. Le hacemos falta tú y yo hijo mío: ¡y es Dios! Esto nos urge a ser generosos en nuestra correspondencia (...). ¡Qué maravilla! Lo poco que somos, lo poco que valemos, nuestros pocos talentos nos los pide, no se los podemos escatimar*”<sup>3</sup>.**

3. Con la ayuda de Cristo, nuestra modesta aportación humana a la difusión de su Reino, nuestro empeño por serle fieles, se convierte en algo santo, divino, maravilloso. El trabajo ordinario de todos los días, se hace un verdadero encuentro con Dios y motivo para que otros lo encuentren. Me viene a la memoria lo narrado también por san Juan a propósito de las bodas de Caná, en Galilea. Ante la pequeña tragedia que amenaza a los novios (se está acabando el vino en el banquete), interviene Jesús. Los mozos reciben del Maestro la orden de llenar de agua unas grandes tinajas y, como sabemos, Cristo convierte aquello en el mejor de los vinos. Nosotros, con Jesús, podemos también convertir el agua natural de la vida cotidiana en un vino exquisito, en algo santo, lleno de Dios.

4. No olvidemos, por otra parte, que el milagro de Caná se obtiene por una delicada intervención de la Virgen. Nuestra Madre está siempre pendiente de nosotros y, cuando hace falta, intercede ante su Hijo para nuestro bien espiritual y material. Se termina el mes de julio. Un mes en el

---

<sup>1</sup> Homilía XVII domingo del tiempo ordinario, ciclo B.

<sup>2</sup> Juan 6, 1-15.

<sup>3</sup> SAN JOSEMARÍA, *En diálogo con el Señor*.

que, en el centro, recordamos a Nuestra Señora del Carmen. Esa advocación que nos recuerda especialmente su afecto maternal en el momento final de la vida, cuando a todos nos llegue el inevitable tránsito de la muerte. Su escapulario sobre nuestro pecho es como un signo de nuestra pertenencia a María. Y ella siempre corresponde, siempre paga.

Podría terminar esta homilía con una pequeña anécdota personal. Hace muchos años, en el verano de 1991, con un buen grupo de estudiantes de la Universidad Panamericana, participé en una labor social en el lejano municipio de Huimanguillo, Tabasco. Un entorno muy contrastante con el de la Ciudad de México. Selva tropical, ríos caudalosos, mucho calor, animales exóticos... Los muchachos trabajaban por la mañana en el pueblo, mientras yo, acompañado de unos pocos, aprovechaba para visitar a las familias, atender a los enfermos y darles un poco de ánimo y consuelo para su vida espiritual.

Una mañana, precisamente, el 16 de julio, celebración litúrgica de la Virgen del Carmen, enfilamos por uno de aquellos senderos sin otro objetivo que ir visitando una detrás de otra a aquellas familias de campesinos. Fue avanzando el día. Cerca de las dos de la tarde. Le comenté a mis acompañantes que era hora de regresar para unirnos al resto del grupo, comer y continuar por la tarde con las actividades de la labor social. Uno de ellos propuso visitar una casa más. La que se encontraba del otro lado de una pequeña cañada. Dudé un poco, vi el reloj y terminé por aprobar la iniciativa. Si apretábamos el paso al regreso, pensé, podríamos llegar a tiempo.

Al tocar la puerta de la casita, escuchamos desde el fondo una voz débil pero muy dulce que nos invitaba a pasar. Era una ancianita que estaba en cama (tenía las dos piernas amputadas consecuencia de una grave diabetes). Nos sonrió y comentó que *nos estaba esperando*. La atendí espiritualmente, le di la unción de los enfermos y, tras una breve conversación final, nos despedimos. No sin antes preguntarle, cómo era aquello de que *nos estaba esperando*. Teníamos curiosidad de saber si alguien le había hablado de nosotros, de nuestra actividad y de esas visitas que estábamos realizando. No. Contestó. No sabía nada de eso. *Pero esta mañana –añadió- le pedí a la Virgen que me trajera un sacerdote y siempre me concede lo que le pido. ¿A sí?, comentamos con interés. Sí. Siempre le pido a esa imagen que está en la esquina*, nos dijo, señalando hacia un altarcito en donde, entre dos o tres veladoras, estaba en el centro una imagen de la Virgen, otra del Sagrado Corazón y alguna otra más. Me acerqué con interés y les confieso que me dio un vuelco el corazón al comprobar que era una imagen de Nuestra Señora del Carmen.

Ella no mencionó nunca eso. Pienso que tampoco era consciente de que fuera 16 de julio. Lo que sí nos dijo es que era una imagen que tenía en sus manos su padre cuando, muchos años atrás, en tiempos de la persecución religiosa (particularmente virulenta en ese estado de Tabasco) lo habían fusilado los soldados del gobierno.

Hermanos míos. La Virgen del Carmen siempre corresponde, siempre paga. Nos acompaña *ahora y en la hora de nuestra muerte*.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 29 de julio de 2018.